

EN 1978, igual que sucedió en 1939, el 26 de marzo cae en domingo. Si este domingo marca el final de la Semana Santa, hace treinta y nueve años, señaló el comienzo de la precedente, llamada tradicionalmente de dolor en muchos pueblos españoles. Y de auténtico y lacerante dolor es entonces para una mayoría de madrileños que en esa dramática semana viven sus últimas horas de resistencia y las primeras de ocupación de la ciudad por las fuerzas franquistas, que llevan veintinueve meses asediándola y sin poder traspasar sus puertas.

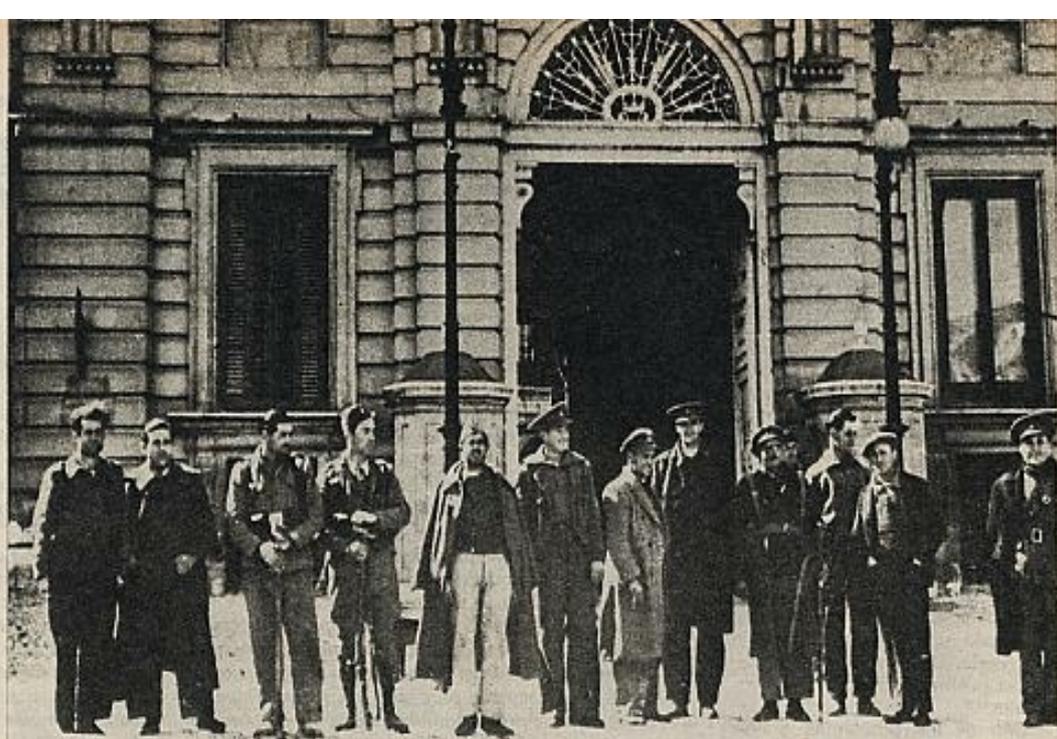
Acaso ahora, transcurridos ya muy cerca de ocho lustros y muertos la casi totalidad de los protagonistas, no resulte ocioso recordar un angustioso episodio, casi totalmente ignorado por los historiadores de todas las tendencias: el último y desesperado intento de una numantina resistencia por parte de quienes se sabían víctimas seguras de una entrega sin condiciones.

El final está a la vista

En la tercera decena de marzo del 39 no cabe hacerse ilusiones de ninguna clase. La guerra está definitivamente perdida y lo sabemos todos.

Aunque una mayoría permanece disciplinada y estoica en su puesto, cada día se registran nuevas deserciones de quienes tratan de salvarse individualmente con una fuga precipitada o de los que están dispuestos a traccionarnos para congraciarse con los futuros ganadores. El enemigo, concluido su traslado a la zona Centro-Sur de las unidades que conquistaron Cataluña, está a punto de emprender una gigantesca ofensiva. Los intentos del Consejo Nacional de Defensa por conseguir unas condiciones honorosas de paz, fracasan apenas iniciados. Los coroneles Garjo y Ortega son tratados en Burgos de una manera dura y hostil; Franco no admite más que una rendición sin condiciones, a cambio de la cual sólo ofrece su palabra de que "nada tienen que temer quienes no tengan las manos manchadas de sangre". Pero cuantos conocen lo sucedido en Badajoz, Málaga, Bilbao, Santander y Asturias luego de ser ocupadas por el franquismo tienen sobrados motivos para no fiarse de tales promesas.

Frente a la ofensiva enemiga a punto de iniciarse no cabe más que una postura: resistir a la desesperada para retrasar su avance hacia las costas mediterráneas a fin de dar tiempo a la evacuación del mayor número posible de personas comprometidas. Durante la segunda y la tercera semanas de marzo, el Consejo Nacional de Defensa, eficazmente auxiliado por una Comisión Internacional de Evacuación,



Ante el palacio nacional —la última guardia republicana se ha entregado a los nacionales—, vencedores y vencidos, con los fusiles hacia abajo, parecen clamar por la paz y la concordia de los españoles.

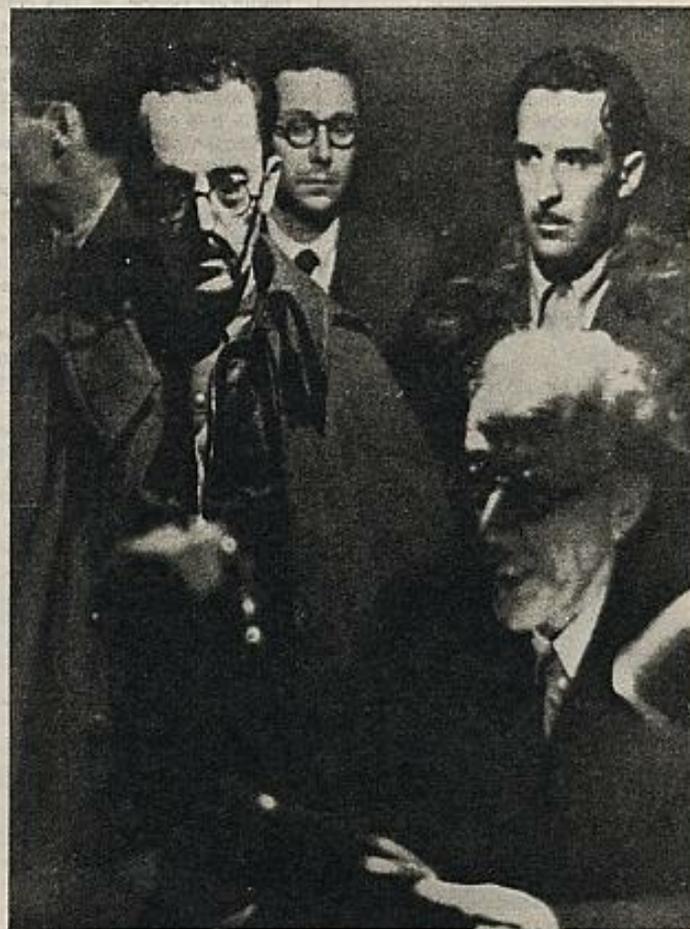
26-28 de marzo de 1939

LAS ULTIMAS HORAS DEL MADRID REPUBLICANO

EDUARDO DE GUZMAN

contrata apresuradamente todos los barcos que puede para que acudan a los puertos levantinos y saquen de la Península a los que quieren expatriarse. A finales de marzo se tiene el convencimiento de que en seis o siete semanas una larga serie de navíos, haciendo rápidos y repetidos viajes entre las costas francesas, argelinas o tunecinas y las españolas del Mediterráneo podrán salvar alrededor de cien mil antifascistas. Pero hace falta, naturalmente, entre mes y medio y dos meses de retirada escalonada, efectuada con perfecto orden y disciplina.

Dirijo en estas semanas y desde hace más de dos años un diario —"Castilla Libre"— en Madrid. Aunque la escasez de papel lo ha reducido a una sola hoja, como la Redacción también está en cuadro y hay que estar alerta a los posibles acontecimientos, suelo pasar la noche trabajando y no me voy a dormir hasta que el periódico inicia su tirada. El domingo 26 de marzo de 1939 concretamente dan las cinco de la mañana al meterme en la cama. Apenas he logrado conciliar el primer sueño, suena el teléfono que tengo junto a la cabecera. "Levántate —me dice el autor de la llamada—. El asunto es grave y no admite demoras. Dentro de diez minutos llegará un coche a buscarte. Espérame en la puerta de la calle para ganar tiempo".



Besteiro se dirige por radio a la España republicana.

Conozco a mi interlocutor. Es uno de los dos representantes del Movimiento Libertario en el Consejo Nacional de Defensa. Tiene que tratarse de algo serio y no pierdo unos minutos discutiendo por teléfono. Cuando tras vestirme apresurado bajo a la calle, ya hay un coche esperándome y un cuarto de hora después estoy en el lugar de la reunión.

—La ofensiva fascista empezó hace una hora sin hacer caso de nuestras proposiciones de paz —dice González Marín apenas me ve—. No nos queda otra salida que resistir como sea.

Llevamos semanas enteras hablando de esta resolución última y desesperada. También todos los partidos y organizaciones antifascistas opinan, por lo menos en público, exactamente igual que nosotros.

Una decisión desesperada

Participan en la reunión, aparte de los dos representantes libertarios en el Consejo Nacional de Defensa, una decena de militantes conocidos de la CNT con puestos destacados en el frente y la retaguardia. Junto a varios jefes y comisarios de diversas brigadas y divisiones, que dentro de una hora estarán de nuevo en las trincheras de

Usera, Guadalajara o el Jarama, se hallan Crespo, secretario de la Regional; Manuel Salgado —jefe en estos momentos de los servicios de información militar, igual que lo fue en los días azarosos y dramáticos de noviembre de 1936— y José García Pradas, director de "CNT", diario vespertino de la organización sindical.

—El Consejo Nacional —informa Val— apoya nuestra decisión de resistir a cualquier precio. La única duda es Besteiro, por su afán de que la sangría acabe cuanto antes. Los demás...

Hace una hora, hablé con todos ellos. Tanto los militares —Miaja y Casado— como los representantes socialistas, republicanos, ugetistas y sindicalistas —Wenceslao Carrillo, San Andrés, Del Río, Antonio Pérez y Sánchez Requena— están resueltos a cumplir la palabra empeñada con los combatientes de lograr una paz honrosa o hacerse matar luchando. García Pradas habla en defensa de la resistencia a ultranza.

Argumenta con lógica. Incluso en las horas trágicas en que muchos se niegan a seguir combatiendo dando la guerra por perdida, los obreros revolucionarios españoles disponen de medio millón de hombres movilizados, de varios cientos de miles de fusiles y pistolas y de un puñado de aviones, tanques y cañones.

Admite que tengamos perdida la

guerra regular y clásica en que llevamos empeñados treinta y dos meses; pero podemos continuar mucho tiempo una contienda irregular y revolucionaria a base de guerrillas, núcleos escogidos de resistencia, atentados, sabotajes y destrucciones.

No falta, sin embargo, quien, intoxicado aún por recientes actitudes propagandistas, acaricia la ilusión de que acontecimientos internacionales puedan paliar e incluso evitar nuestra derrota. No termina su argumentación porque varios le interrumpen enérgicos. Sería estúpido y suicida caer de nuevo en la vieja trampa de las ayudas exteriores.

Eduardo Val continúa diciendo lo que la mayoría piensa:

—Tenemos que redactar un manifiesto enérgico, concreto y categórico que, firmado por el Consejo Nacional de Defensa, sea leído esta misma tarde. En él, dirigiéndose a amigos y enemigos, hay que exponer con brutal claridad y sin paños calientes la trágica situación que nos plantea la ofensiva fascista y nuestra firme decisión de morir matando.

Otros diversos manifiestos y proclamas deben seguirle y acompañarle. Uno dirigido a los combatientes antifascistas, diciéndoles con entera claridad la suerte que les aguarda de terminar la guerra civil con una rendición sin condi-

ciones como pretende el enemigo.

Consecuencia directa, lógica e inevitable de la decisión de continuar luchando hasta el fin, sin confiar en promesas que en los vascos dejaron tan amargo recuerdo, es una conclusión que no debemos negar ni siquiera silenciar. Por el contrario, debemos divulgarla a los cuatro vientos.

Transmitidas por radio, por las agencias de información de medio mundo, arrojadas por millares sobre las poblaciones y las líneas enemigas por los pocos aviones que nos quedan, estas proclamas y manifiestos pueden hacer reflexionar muy seriamente a quienes pretenden cerrarnos todas las salidas.

La última desilusión

No hay la menor discrepancia entre los reunidos a la hora de tomar una decisión. Procuero exponer en forma concisa y exacta los acuerdos tomados; explicar en el menor número posible de palabras la resolución firme del Movimiento Libertario de no abandonar las armas sin una seguridad previa, plena y total de que cuantos se crean en peligro puedan abandonar la zona republicana.

Escribo una serie de manifiestos y proclamas, que van directamente para su impresión inmediata a los talleres de "Castilla Libre", movilizados como yo.

—En cuanto lo apruebe el Consejo Nacional de Defensa, que lo aprobará —dice González Marín al dirigirse a la reunión convocada— daremos lectura por radio al primer manifiesto. Será la señal convenida para empezar a distribuir todos los demás.

Espero que sea así. Dada la negativa adversaria a tomar en consideración las propuestas de paz y la ofensiva iniciada para exigir una rendición incondicional que a todos puede conducirnos al paredón, no parece haber otra salida que la propugnada por la CNT y compartida, de mejor o peor gana, por el resto de los sectores antifascistas.

Aunque me caigo de sueño, paso más de dos horas en el Comité Regional de Defensa Confederada esperando el resultado de la reunión que se celebra en el edificio del Ministerio de Hacienda. Igual hacen otros muchos. Son enlaces que se aprestan a llevar a los frentes cercanos las proclamas recién impresas o delegados de barriadas y sindicatos que aguardan impacientes y nerviosos instrucciones concretas. Al final alguien da por teléfono una noticia que nos resistimos a creer y es preciso que la difunda la radio a los pocos minutos para que la concedamos el menor crédito. En lugar de la decisión desesperada de una resistencia numantina, el Consejo Nacional de Defensa, dándole todo por perdido, ordena que las fuerzas republicanas



Escenas de júbilo callejero a la entrada del Ejército de Franco en Madrid.

EDITORIAL ARGOS · VERGARA SE ENORGULLECE CON LA PUBLICACION DE

TRES GRANDES NOVELAS DE TRES GRANDES NOVELISTAS

LA CABEZA DE LA HIDRA

Un nuevo Carlos Fuentes.



CARLOS FUENTES, el autor de "La región más transparente" (su obra primera) y de "Terra Nostra" (la penúltima publicada), consigue en **LA CABEZA DE LA HIDRA** el difícil equilibrio entre "el relato de acción" y la especulación artística. Lo **actual** —una supuesta pugna entre árabes e israelíes por las reservas petrolíferas de México—, sirve esta vez al gran escritor mexicano como soporte de su corrosiva e irónica reflexión sobre el destino humano y sobre el Poder, que como la hidra multiplica sus cabezas, cada vez más feroces.

VIDA, PASION Y MUERTE EN RIO QUEMADO

La novela que fue desplazada por el libro de Semprún.



MANUEL BARRIOS, ganador de treinta y siete premios literarios, cuya pluma "parece inspirada en ese misterio de los cantos andaluces", (Antonio Tovar), evoca en **VIDA, PASION Y MUERTE EN RIO QUEMADO** el trauma de la guerra civil, pero tamizado ya por el tiempo y por la ausencia. Hay en la novela más simbolismo que hechos concretos: historias casi olvidadas de un país apasionado y misterioso que forman un retablo de supersticiones, venganzas y rencores. **RIO QUEMADO** es un ejercicio literario llevado a sus últimas consecuencias.

DAIMÓN

En la línea del "realismo mágico" latinoamericano.



ABEL POSSE, saludado por la crítica bonaerense como "la mayor aparición en la narrativa argentina de los últimos años", construye su tercera y mejor novela en torno de un personaje histórico —Lope de Aguirre— pero convertido en **leit-motiv**: el del eterno retorno; pues el Aguirre de Abel Posse sobrevive hasta nuestros días, y el conquistador que quiso dominar el Perú, España y el mundo entero acabará torturado en una comisaría cualquiera. Novela escrita con un estilo pantagruélico, barroco, de una desbordante fantasía, **DAIMON** se sitúa entre las más altas realizaciones del llamado "realismo mágico" latinoamericano.



Es una buena
ocasión para la
lectura de libros
escritos por
escritores.

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL MADRID REPUBLICANO

levanten bandera blanca donde ataque el enemigo y se entreguen sin lucha.

Gritos de indignación y rabia acogen la orden, tan inesperada como sorprendente. Salgado, que llega en estos momentos, trata de serenar los ánimos encrespados con una explicación de lo sucedido en la reunión del Consejo de Defensa. De admitir su versión, González Marín y Val trataron por todos los medios de hacer prevalecer el criterio libertario de resistencia, pero fueron derrotados por republicanos, socialistas y militares.

—No fue sólo Besteiro quien votó en contra —afirmó—, sino Casado, Mlaja, Carrillo, San Andrés, Del Río y Antonio Pérez.

Apoyan su negativa en la seguridad de poder evitarse la temida inmolación de millares de antifascistas. En el curso de los debates que proceden a la orden dada por radio, Casado por un lado y Besteiro por otro aseguran firmemente que existe un acuerdo tácito con los mandos adversarios para permitir la evacuación de cuantos quieren expatriarse.

—La ocupación de la zona republicana —sostienen en el Consejo— se hará por etapas. Habrá barcos para todos y nadie se quedará en tierra contra su voluntad. Los nacionales no llegarán antes de quince días a Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. En Madrid tendremos una semana de tiempo para que pueda marcharse todo el mundo con entera tranquilidad.

—Eso no se lo creen ni ellos ni tú! —Interrumpo violento a Salgado, que nos da la explicación—. Después de la orden radiada esta noche, mañana no quedará un sólo soldado nuestro en ninguno de los frentes.

Mi fácil vaticinio se cumple al pie de la letra. Como consecuencia, si en la jornada del domingo, aun tropezando con algunos núcleos de resistencia, el enemigo puede avanzar veinte o treinta kilómetros en Extremadura, el lunes puede hacerlo con la velocidad que se les antoje en cualquiera de los frentes de la zona Centro-Sur. La orden radiada por el Consejo Nacional de Defensa acaba con toda sombra de resistencia.

Como cualquiera podía prever la víspera, los soldados no aguardan el ataque del enemigo para abandonar armas y trincheras. En Madrid mismo se produce a mediodía una desbandada en el frente del Jarama. El Consejo Nacional de Defensa trata de hacerles volver a los frentes.

Pero la catástrofe ha llegado sin que pueda evitarla nadie a estas alturas. Sin esperar órdenes del Con-

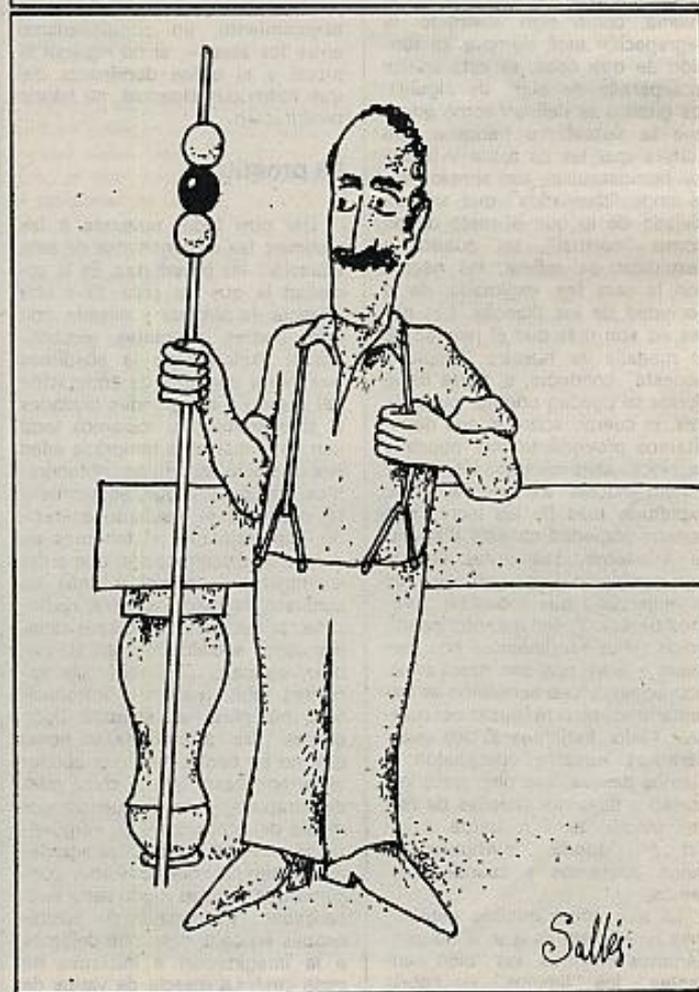
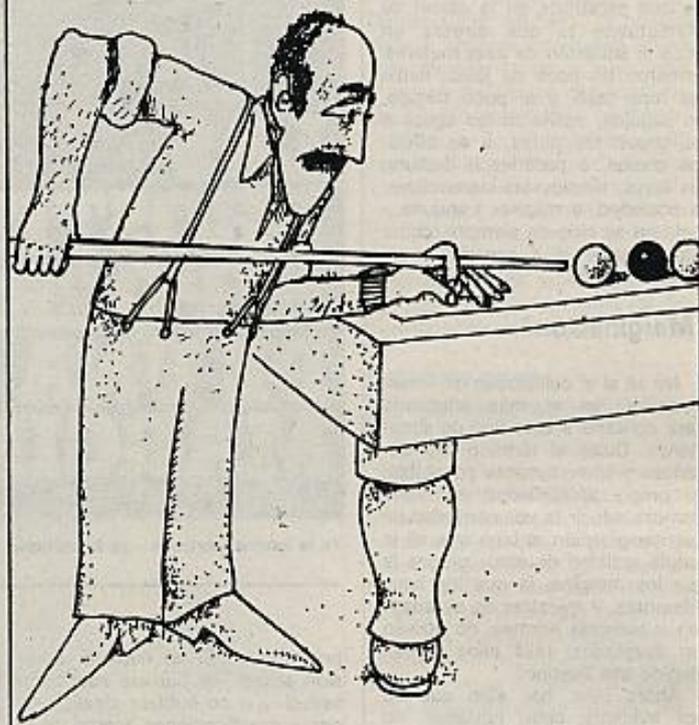
sejo, las cárceles han quedado vacías; los miles de refugiados en las Embajadas pululan libremente por las calles e incluso aparecen aquí y allá algunas banderas monárquicas sin que guardias ni policías, más preocupados por su suerte personal que por otra cosa, hagan nada por retirarlas. Al anochecer se quiere restablecer a la desesperada una situación bélica destrozada por la orden de la víspera. Circulan rápidas y enérgicas consignas y numerosos enlaces salen de Hacienda con órdenes tajantes para jefes y comisarios de los distintos sectores. Militares de uniforme y destacados militantes de los partidos políticos y las organizaciones sindicales corren a los puentes de Toledo y Segovia, a las calles cercanas a la Universitaria para contener la desbandada. En mítines improvisados hablan a los soldados para que vuelvan a empuñar las armas. Pero la radio —interrumpidas sus emisiones durante media tarde por un corte de energía que nadie sabe si se debe a avería o sabotaje— se quiere secundar la acción de los oradores callejeros y por espacio de dos horas se suceden las órdenes, las arengas e incluso las súplicas. Al final, se anuncia oficialmente que se ha conseguido restablecer la situación con la vuelta de los soldados a los frentes.

Pese a todas las seguridades del Consejo Nacional, durante todo el día se forman grandes caravanas de coches que corren hacia Levante. En la noche del 27 al 28 se produce un verdadero éxodo. Millares de camiones y coches llevan hacia Valencia a una masa enorme de fugitivos. Varios centenares de ellos conseguirán salvarse en los barcos de evacuación que salen de los puertos levantinos a lo largo de la jornada del 28 de marzo.

Algunos aguantamos aún. Yo tengo la obligación —más moral que material— de permanecer en mi puesto hasta el último segundo, sin que pueda servirme de excusa que la Redacción en pleno de algún periódico haya huido hace cuatro días ni que en la noche del lunes 27 no aparezcan ya la mitad de los diarios vespertinos madrileños. "Castilla Libre" sale en la mañana del 28 de marzo, cuando Madrid está ya en manos de la quinta columna, considerablemente engrosada por los que corren en ayuda del vencedor, acaso para hacerse perdonar actuaciones pasadas. Consigo salir de la ciudad cerca ya del mediodía del martes y llegar hasta Valencia primero y Alicante después; pero llevo cuando ya han zarpado los últimos barcos, como les sucede a millares y millares de antifascistas, todos los cuales conocerán muy pronto las "dulzuras" de una larga represión en que una mayoría perderá la juventud o la vida, cuando no ambas cosas a un tiempo. ■

E. DE G.

SALTES



Salles